

Durante los meses que siguieron, cogíamos al niño en brazos, y bailábamos así, los tres juntos, en el salón de casa, los boleros que Eva ponía en la gramola, aunque, para entonces, yo había pasado un par de días con Elena en un chalet de la sierra y el doctor Beltrán se había convertido en nuestro médico de cabecera, y nos regalaba placas de música clásica que él conseguía que le trajeran del extranjero.

(7 de agosto de 1992. ¿Por qué no fechar las anotaciones en este cuaderno y convertirlo, al tiempo, en una especie de diario?)\* De nuevo, esta tarde la ciudad vive aprisionada por el bochorno. Desde hace unos días se repiten el calor asfixiante y unas tormentas que llegan cargadas de gran aparato eléctrico.

Desde el sillón de mimbre en el que dormitaba he visto pasar una bandada de palomas. Luego ha empezado a llover. He pensado que también los animales participaban de una desa-

\*¿Para qué he empezado a escribir?, ¿para quién? Quizá sólo para responder a unos papeles de Manuel que encontré el otro día mientras registraba en la habitación que ocupó años atrás, después de su divorcio, en los días en que Eva se moría en el hospital, y cuya lectura me llenó de tristeza. Escribió esas páginas y luego las olvidó sin pensar en el daño que podía causarme. Hasta en eso se parece a su madre: sus descuidos son una forma de desconsideración hacia los demás, de superioridad.

zón semejante a la que yo sentía, como si la cabeza fuera a estallarme. El universo forma una unidad y los seres que lo habitamos participamos misteriosamente de sus estados de ánimo, de su energía. Ramón y yo.

La tormenta ha perturbado durante un instante nuestro equilibrio. Buscaba yo la caja en la que guarda Ramón mis tranquilizantes, y no he sido capaz de encontrarla. Tal vez influida mi sensibilidad por la desazón que parecía presidir la tarde entera, la búsqueda de esa caja ha ido levantando ante mí una imagen de la vejez que me ha desagradado profundamente, o que, por decirlo sin circunloquios, me ha asustado.

Ya digo que probablemente ha influido el bochorno, pero lo cierto es que, mientras procedía a la búsqueda infructuosa, he ido excitándome, he empezado a notar que me temblaba todo el cuerpo y, al final, me he descubierto, sudoroso y lleno de rabia, de rodillas ante uno de los muebles del cuarto de baño. Al verme así, reflejado en el espejo, me he incorporado presa de enorme angustia y he pulsado el timbre que me comunica con Ramón y que, instalado en los lugares estratégicos de la casa, suena en la cocina, el cuarto de plancha, el jardín y la buhardilla.

Generalmente, en cuanto hago sonar ese timbre, Ramón aparece de inmediato y, sin embargo, como si la perturbación atmosférica tuviese que influir también en el acuerdo doméstico que nos une, hoy no se ha presentado. Hasta tal punto parecían caer en el vacío mis insistentes llamadas, que he llegado al pie de la escalera que conduce a la buhardilla, y desde allí las he repetido, esta vez de viva voz, sin obtener tampoco respuesta. La alarma se ha apoderado de mí y he dudado en si debía subir yo mismo a la buhardilla, pero al levantar la vista, me ha vencido el desánimo.

No es que me venciese el desánimo de la pereza. Al fin y al cabo, subir todos aquellos peldaños podía haberme servido como ejercicio de relajación ahora que ya se precipitaba sobre la ciudad una tromba de agua que, al golpear sobre las hojas de los árboles del jardín y en los vidrios de las ventanas, me proporcionaba el deseado sedante. No, no era ese tipo de cansancio, sino otro lejano que me llegaba desde los días en que discutía con el arquitecto los planos mientras se iniciaba la construcción de la casa. De repente, me ha vuelto la razón de cada uno de los detalles de esa escalera, que es ancha, de escalones bajos y barandilla alta, precisamente porque desde el principio Eva y yo pensamos en habilitar la buhardilla como cuarto de juegos y

estudios de los hijos que íbamos a tener, y buscamos la mayor seguridad en su dibujo.

Con el fin de que sirviese de almacén o desván, arreglamos un pabelloncito que da sobre la tapia trasera y que era la única edificación con que contaba la finca cuando la adquirimos y en la que los antiguos propietarios habían guardado útiles y herramientas y también algunos muebles que interesaron particularmente a Eva, ya que entre ellos había piezas isabelinas, alfonsinas y de no sé qué otros estilos. Nosotros decidimos darle al pabellón idéntico uso, puesto que, según los planos que trazamos para la casa, quedó situado en un lugar muy cómodo y también muy discreto, en la zona menos noble, a espaldas de la cocina. Cubierto de yedra y galán de noche, resultaba, además, casi invisible. Junto al almacén respetamos un desnivel de escasa profundidad y bastante ancho, que los antiguos propietarios habían utilizado para quemar hojas secas y maleza y que aún hoy Ramón utiliza con el mismo fin.

Mantuvimos pues el almacén en esa edificación de tamaño más que regular y levantamos un pequeño cenador junto al ala derecha de la casa, al borde de la piscina. Dos de las cuatro fachadas del cenador estaban formadas por paneles de vidrio que se recogían cuando llegaba

el buen tiempo, dejando circular libremente el aire en el interior de la pieza. Eva utilizaba sobre todo en otoño esa construcción que había sido pensada como buffet para el verano. Era su sala de lectura predilecta. Ordenaba encender la chimenea y pasaba allí tardes enteras, levantando de vez en cuando la mirada de las páginas del libro para posarla sobre las hojas marchitas de los árboles iluminadas por el suave sol de octubre.

Le gustaba leer en voz alta. Con frecuencia me distraía de mi trabajo para leerme una página de una novela, un poema, o una noticia del periódico. «No me estás haciendo caso», se quejaba, aunque yo me esforzaba por mantener un gesto de atención que a ella nunca le parecía suficiente. Años antes me había tocado a mí leerle a su hermano Manolo, pero aquellas lecturas formaron parte de un ambiguo contrato en el que se mezclaban las obligaciones de amistad con las estrictamente laborales. En mi mente esas lecturas en alta voz se habían asociado en los primeros tiempos de mi relación con la familia con una actitud lejana, superior, muy característica de todos ellos, y esa sensación volvía a asaltarme al ver a Eva rodeada de libros y escuchando música en el cenador. Si días atrás escribí en este mismo cuaderno que jamás fui celoso, tendría que matizar esa afirmación,

porque sí que tuve muchas veces celos del cenador, de los libros y de la música, que la alejaban de mí, o por ser más preciso, que me demostraban que mi acercamiento a ella se producía sólo en determinadas parcelas, pero que dejaba también enormes vacíos que nunca iban a colmarse.

La visión de la escalera de la buhardilla me ha traído la inmensa desolación de esos territorios que nos alejaban, que siempre estuvieron ahí, separándonos, aunque en los mejores tiempos nos esforzáramos en llenarlos con aportes de afecto. He vuelto a ver a Eva sentada en el cenador y a escuchar un vago eco de música, y la he visto tumbada sobre la alfombra de la buhardilla leyéndole cuentos a Manuel antes de que él aprendiera a hacerlo por sí mismo. Le leía durante horas, sin fatigarse, manteniendo el mismo calor en la voz, marcando la entonación, el ritmo, y escenificando un poco cuando era un personaje quien hablaba; entonces, su voz se volvía ronca y amenazadora si se trataba, por ejemplo, del lobo, y cristalina si era un hada o una princesa.

Ramón me ha encontrado allí, al pie de la escalera, con la mano apoyada en la barandilla y un gesto de abatimiento que lo ha alarmado. «¿Se encuentra usted mal?, ¿le ocurre algo?», me ha dicho, y se ha puesto luego a darme

explicación de las razones de su tardanza: se había dormido, estaba desnudo («por el calor, ¿sabe usted?», me ha dicho), y ha tenido que vestirse antes de bajar. Me ha producido una extraña sensación esa palabra, «desnudo», porque no he podido rechazar de mi cabeza la imagen de su cuerpo robusto, allí tendido sobre un colchón, en esa buhardilla que para mí sigue siendo un depósito infantil de muñecas, trenes, soldados, hadas y princesas, y que en mi memoria aún huele a colonia de baño.

Desde que Ramón vive en la casa, jamás he subido a la buhardilla y soy incapaz de imaginarme qué orden habrá él impuesto allí. La imagen de su cuerpo desnudo y el desconocimiento del estado actual de esa zona de la casa que durante años fue la más querida, me han llevado a reflexionar acerca de cómo la vejez sigue haciendo crecer el proceso de extrañamiento, de pérdida. Uno pierde facultades, pero también espacios: lugares que ya no se frecuentan, habitaciones que no se abren, rincones del jardín que no piso.

Por vez primera desde que él está aquí, lo he sentido como un extraño. No como parte del servicio de la casa, que es como he visto siempre a criados, jardineros o cocineras, sino como un cáncer que ha empezado a crecer y ha infectado ya una parte de la vivienda. La tormenta

expulsando del cielo las palomas. Ahora, la buhardilla son sus enormes pies desnudos y sus piernas poderosas rompiendo el aire. He sentido curiosidad por saber cómo habrá decorado las paredes, si tendrá fotografías de la familia en la mesilla, o paisajes, o alguno de esos carteles de revista pornográfica que le darían a la habitación un aire cuartelario. No llego a imaginarlo, aunque viéndolo tan cuidadoso y ordenado, pienso más bien en una decoración de esas que se consideran de buen gusto entre los pobres con pretensiones: ramos de flores secas, un arlequín, cosas así.

La verdad es que ésa debía de ser la idea que yo inconscientemente mantenía —la del arlequín y las flores— hasta que esta tarde le he escuchado decir la palabra «desnudo». La violencia de su cuerpo me ha golpeado poniendo a la luz esa contradicción que siempre está presente en él: su amaneramiento, su cuidado casi femenino de las cosas y de sí mismo, y al mismo tiempo su robustez. Viéndolo se tiene la impresión de que sus actos los ejecuta alguien que no es él, y sólo en los momentos en que poda o cava el jardín o se somete a algún ejercicio físico parece que se produce la reconciliación de los gestos con el cuerpo que los lleva a cabo.

Mientras escribo estas frases, descubro que

también en Eva había gestos que parecían no corresponderle. En el amor le ocurría eso: siempre tuve la intuición de que los gestos animales que el amor exige, las posiciones forzadas y hasta podría decirse que humillantes, no le pertenecían. Estaba en la cama con ella y tenía la impresión de que había mandado a una suplente, algo así como un caparazón de sí misma. Mientras yo golpeaba contra ese caparazón, la verdadera Eva se quedaba leyendo en una butaca, siempre con el fondo musical de aquellas placas que el doctor Beltrán le regalaba.

De ahí la rotundidad de mis primeros encuentros con Elena, porque el amor nos exigía los movimientos que nuestros cuerpos sabían; aún más, los únicos movimientos y gestos en los que nuestros cuerpos se reconocían desde siempre. Esos que se ponían en cuclillas, que se pasaban la lengua a través de los labios, que metían los dedos en los lugares más sórdidos y gemían y suspiraban con un ritmo entrecortado, éramos la única verdad de nosotros mismos, y todo lo demás, la máscara que los otros nos imponían.

Nos conocimos en 1948, en una fiesta a la que había acudido con Ort. Elena, que trabajaba como intérprete, estaba allí por razones de amistad con la hija del propietario de la empresa que organizaba la fiesta. Si fuera ahora, po-

dría decirse que se trataba de una feminista, porque era una de esas mujeres que dio la Sección Femenina, y que fumaban, bebían y jugaban al tenis: un cúmulo de actividades anormales para la mayoría de las mujeres de entonces. A simple vista reconocimos nuestro deseo.

Desde mi boda con Eva yo no había tenido más relaciones fuera del matrimonio que las que me proporcionaron unas cuantas noches de copas con Ort que terminaron en la cama de alguna golfa. Pero Elena no era una golfa: era un cuerpo que se convertía entero en sexo. Nos reconocimos enseguida, a lo mejor porque yo también necesitaba una sinceridad o una brutalidad física que la delicadeza de Eva no me permitía. Con Elena viví la sinceridad.

La primera noche abandonamos la fiesta juntos. Ort me dejó las llaves de su automóvil y las de un chaletito cerca de Las Matas. Elena se sentó desnuda en la cama y yo me arrodillé frente a ella. Abrió su sexo para mí y hundí mi rostro en él. Era la primera vez que bebía de un sexo: con las prostitutas siempre había sentido asco y a Eva no me había atrevido a pedirselo nunca. También sabía que esa pasión no hubiera sido buena para mantener la estabilidad en casa y que su lugar estaba fuera del matrimonio como un complemento necesario.

No. Desgraciadamente, los recuerdos no son neutros, ni apenas útiles: ni siquiera se reducen a una sucesión de estampas como las colecciones de cromos que hacía Manuel en su infancia: futbolistas, fauna salvaje, maravillas del mundo, Los Diez Mandamientos. Los recuerdos tienen un orden, un antes y un después, el tiempo de las heridas y el de las llagas que siguen supurando durante años sin que nada pueda sanarlas.

El sexo con Elena me pareció al principio una fruta madura y, luego, durante años, se me ha aparecido como un pájaro herido. A los recuerdos sólo se los disimula con nostalgia, y la nostalgia es estúpida como esa decoración de arlequines que había yo imaginado en el cuarto de Ramón hasta que le descubrí, con una palabra suya, el cuerpo.

Elena, la avidez. Me despierto durante la

noche, e intento recordar los rasgos de su cuerpo, el tono de su voz, y no lo consigo. Líneas grises que se desvanecen si cierro los ojos y que no están si los abro, manchas trazadas sobre papel mojado. Siento la materia de la que estaba hecha Elena, pero no su forma, su orden que era mi avidez desordenada.

A veces me pregunto cómo habría sido mi vida con ella, y también por qué no se me pasó nunca por la cabeza que pudiera llegar a ser. La primera noche, mientras intentaba servirle otro güisqui en el chalet, se fue la luz y una de las copas se estrelló contra el suelo. Oí su risa en la oscuridad y allí mismo, de pie, empecé a morderle los pezones. Tenía ganas de llorar. Lo hice luego, con mi cabeza entre sus muslos, la sal de mis lágrimas confundida con la de su sexo. Se retorció sobre mí, me tiraba del pelo y yo lloraba entre sus piernas porque tenía la impresión de que la vida y la felicidad estaban allí y que bastaba un gesto para capturarlas y que yo no sabía cómo hacerlo.

Mientras se vestía, ya con las primeras luces del día entrando por la ventana, le dije: «¿No tienes miedo?» Se volvió para mirarme. «¿De qué?», preguntó. «De que te tome por una cualquiera.» Se echó a reír y me llamó «puta» y yo la desnudé precipitadamente otra vez. Y al tiempo que iba arrancándole la ropa, pensaba que Eva

me despreciaba tanto que ni siquiera había intentado joderme.

Pero ¿por qué escribo esto?, ¿por qué me dejo poseer por los recuerdos, por las heridas abiertas?, ¿por qué me humillo sin que nadie me lo exija? Entrar en una herida abierta, palpar sus bordes, sentir que sus bordes son los cabellos de Eva rozándome la cara, sus brazos flotando por encima de mis hombros mientras bailamos un bolero en el salón del doctor Beltrán, que está lleno de amigos de los que ella se ha ido rodeando, eligiéndolos cuidadosamente, como con pinzas, y que todos resultan útiles para mis negocios, pero que ninguno se me parece.

Esa noche, Ort ya no está. Ya no lo invitan, porque resulta demasiado vulgar cada vez que saca la cartera y enseña un fajo de billetes atado con una goma, cada vez que enciende un cigarro y agita la cerilla en el aire para apagarla. No: Ort ya no viene. Seguimos siendo socios en algunos negocios, nos vemos algunos días a la hora de comer, hablamos ante una copa: de dinero, de putas o de fútbol. A veces me presenta a alguna de sus amigas, que son todas como muñecas infantiles, niñas escuálidas a las que le gusta aplastar bajo su peso cada vez superior.

Ort tiene una vitalidad desbordante, que le hace estallar los botones de las camisas, que

le hincha las chaquetas, que le colorea el rostro por encima del bigote, y esa vitalidad desentona en las fiestas que dan los amigos de Eva, y a Eva misma parece asfixiarla Ort nada más que con su presencia, como yo imagino que asfixia a sus muñecas rubias bajo el peso del cuerpo creciente. Claro que Eva lo ha ido acorralando poco a poco. Ha anotado y me ha hecho ver cada uno de los gestos de Ort que no le resultan adecuados, ha guiñado imperceptiblemente los ojos con desagrado cada vez que él ha levantado la voz por encima de lo socialmente tolerable, ha venido a contarme cada palabra grosera que él le ha dicho a alguna de las amigas de la casa aprovechando el instante de relativa intimidad que, en medio de una reunión tumultuosa, puede conseguirse en un pasillo, en un rincón.

Al principio, sí. Al principio es el maestro, el que nos enseña dónde está cada cosa en Madrid, y el modo de conseguirla, el que nos guía en un laberinto, el que nos invita a comer porque advierte, no se sabe cómo, que nuestra economía va aún peor. Lo hace siempre discretamente, fuera de su casa, sin que se enteren ni su mujer ni la mía. Nos lleva a algún restaurante y, al final de la comida, cuando Eva se levanta para arreglarse en el tocador, me tiende un par de billetes de mil pesetas.

Eva telefonea continuamente a su mujer, sa-

len juntas, van al cine, de compras, o a tomar un café en la Gran Vía. Ort es el único que pisa en un par de ocasiones la pensión en que vivimos durante los primeros meses: es el único que no importa que la pise. Lo sabe todo. El único a quien Eva invita a comer en el miserable piso al que nos trasladamos después. Charla con él, recibe con agrado los cumplidos sobre las hábiles manos de la recién casada que, a pesar de venir de buena familia y de ser una damita, hace unas croquetas riquísimas y prepara un cocido para chuparse los dedos.

Después, poco a poco, las relaciones se enfrían. Eva sabe cómo enfriar las relaciones. Sigue saliendo de compras con su mujer, pero a él ya no lo llama, ni lo invita, y la nueva casa la visita Ort en varias ocasiones mientras se están llevando a cabo las obras, pero una vez concluidas pasa un tiempo antes de que Eva los invite a los dos, a la mujer y a él, y les vaya enseñando las habitaciones, y les abra las puertas una por una, pero no las de casa, porque no los llama a la hora de comer, sino a la de la merienda, y los sienta en el salón, y es la criada quien sirve, y Eva y la criada cuidan cada detalle al milímetro, todo exquisito, medido, como dejando claro que en aquella casa ya nada será igual. No vacila en sentarse al piano y tocar alguna pieza, a la espera de que ellos bostecen, y la despedida se

